

Barranquilla: 4 de julio de 1929.

Querido Salvador:

Acabo de leer el último número de "Libertad", gracias al buen amigo Zúñiga, con quien he conversado mucho durante los últimos días sobre Venezuela, sobre Méjico, sobre Uds. Y a la postre, he llegado a convencerme de que lo que nos separa a Atilano, a mi, a tantos otros, de Uds, no son las ideas, sino los medios de acción.

Todos somos anti-caudillistas, y todos somos antiimperialistas. A todos nos anima el mismo noble deseo de salvar a Venezuela, de redimir sus llagas, de cooperar en una labor imperativa de justicia política y social. Pero Uds. creyeron poder realizar la obra por sí mismos, y nosotros, si nó más modestos, si más compenetrados de la realidad venezolana, porque la estuvimos palpando hasta el último momento, pensamos que nosotros solos no ^{haríamos} ~~haramas~~ nada sin el apoyo de ciertos hombres.

Existe un problema inmediato, de una urgencia decisiva: derrocar a Gómez y a todos los otros Gómez que lo rodean en la actualidad. Para ello se necesitan armas, y sobretodo, dinero. Se necesita, además, tener prestigio militar. Puedo asegurarte que lo último es de una importancia suprema. Al principio, pensamos recojer dinero para organizar nosotros la revolución. Y fué un fracaso, un triste fracaso. No presentábamos a los ojos de la gente que podía dar el dinero un nombre sonoro, que les oliera a pólvora. No se trataba del prestigio moral, el cual era nuestro, casi integramente nuestro, de Uds. y de nosotros, sino del prestigio de las armas, del hombre capaz, en opinión de esas gentes, de dirigir una batalla, de organizar una campaña, de derrotar a los Generales de Gómez. Nosotros éramos unos muchachos sin experiencia, excelentes para escribir artículos, para pronunciar discursos y para muy poco más.

Era, pues, imprescindible, hacerse del contingente de esos hom-

bres, empujarlos, procurar que sacudieran la inercia, ponerles de relieve la importancia de su actuación. Por mi parte, creo que a Gómez no se le podrá derrocar como no surjan defecciones, y defecciones graves, en su ejército. No defecciones de soldados. Con esas no se pueden contar y tienen, en definitiva, poco valor. Defecciones de Jefes, de Generales, que jamás ocurrirían ^{si esos jefes no} ~~sin~~ saben, en el otro bando, de algún caudillo valioso, y lo crean con armas suficientes para derrocar la dictadura. "Gómez ya está viejo, y hay que hacerse a la amistad del posible "jefe" de mañana." Así piensan muchos de los tenientes del déspota. Y hay que aprovecharse de un tal modo de pensar.

Sin dinero, y sin maneras de conseguirlo para nosotros; sin armas; incapaces de provocar la traición de los tenientes de Gómez, hubimos de apelar a los caudillos. Estos son un medio y no un objetivo en la revolución. Ellos solos pueden, al menos por ahora, arbitrar los medios de hacerla. ¡Y hay que hacerla a todo trance! Toda dilación es un crimen. Cada día que pasa nos crea nuevos problemas para el mañana. Como la agonía de Gómez resulte larga, Dios sabe qué será de nosotros.

Triunfante la revolución, o las armas de la revolución, ahí estaremos nosotros para no dejar frustrar nuestros sueños. Siempre será más fácil luchar entonces por el triunfo de esos sueños que ahora. Es una cuestión de etapas. Primero la una y después la otra. Y antes que todo, derrocar a Gómez. No estorbar a los que puedan hacerlo. Antes bien, allanarles el camino, darles facilidades. No es por ello que se nos podrá llamar caudillistas, personalistas. Si mañana continuamos con ellos a todo trance, entonces sí.

Para ese entonces, nuestra fuerza moral, nuestro prestigio de pulcritud, han de tener una fuerza enorme a los ojos del país. Y nosotros sabremos hacerlos valer. Por mi parte y por la de Atilano, por la de muchos de mis compañeros de Universidad, te lo juro. Nuestra labor en ese sentido, -la mía al menos- ha sido silenciosa, pero la creo fecunda. Algunos de los hombres de acción me quieren de verdad. Me han da-

muestras inequívocas de ello. Les he hablado de todo esto, los he convencido, le he escrito. Me han dicho que los "muchachos" podemos contar con ellos para el mañana. No se trata de los caudillos, naturalmente.

Además, piensa en que són cuatrocientos los universitarios que han tomado parte en los últimos movimientos. Todos ellos, -yo los conozco, yo los garantizo- han sufrido bastante, son hombres por el dolor, por la capacidad, por el entusiasmo. No los creo capaces de traicionar el ideal de hoy.

Pequeñas diferencias de ideologías, ya lo creo que las hay. Es natural que las haya. Es bueno que las haya. Pero esas diferencias no excluyeⁿ que en un mismo terreno de pulcritud y de honradez, ~~todos~~ todos podamos tendernos la mano.

Tengo entendido que se aproxima la hora de la acción. Muy pronto, mucho más pronto de lo que Uds. creen, algo fuerte, algo serio, se le ha de enfrentar a Gómez. Y yo te suplico, -a ti y a todos los del grupo de Méjico- por el bien de Venezuela, por el éxito de nuestras armas, por los miles y miles de presos que agonizan en las ergastulas venezolanas, un poco de discreción, un silencio fecundo, respecto a ciertos hechos y respecto a ciertas cosas. Cesen, al menos por ^{esa} ahora, en ~~esta~~ campaña de descrédito hacia los posibles directores militares del movimiento próximo. Zúñiga podrá decirte si esta carta la escribo por apremio de alguien. Surge espontáneamente de mí. Y la escribo porque creo con ella cumplir un deber sagrado para conmigo mismo~~xix~~, para con Uds, y sobretodo, para con Venezuela.

Respondeme con absoluta franqueza. Las objeciones que pudieras hacerme respecto a ciertos peligros, ya las sé. Pero todo hay que sacrificarlo a la idea de urgencia. Creo que si hoy no hacemos nada, ya nunca más podremos hacer algo. Esta carta es estrictamente confidencial. Confío en tu discreción y créeme, apesar de las exaltaciones de Uds para con Atilano, tan puro como Uds, tan puro como yo, tu amigo afectísimo,

González